

El Fin de Radio 3

Por J.F. FUERTES

Nota previa: El grueso de este escrito fue gestado hace unos años, una tarde llena de orujo y desolación, cuando a ciertas lumbreras se les ocurrió modificar brutalmente la programación de Radio Tres. Surgió un poco con rabia, y también con resignación, como una forma de autoconsuelo. Ha dormido hasta ahora entre mis cajones magnéticos siendo despertado por cierto tumulto exterior, cierta indignación renovada, asco incluso.

Entonces, a quienes nos lamentábamos, nos llamaban catastrofistas; hubo pues que cerrar la boca y esperar mejores tiempos; tiempos que no sólo no llegan sino que parece que retroceden más y más: ante tanta celebración de cuando entonces, puede que hayan variado muchas cosas, pero, en puridad, sólo el decorado. Pan y circo nos daban antes y, circo y pan, acaso más sofisticado, nos hacen engullir ahora; música clásica entonces, ruido 'pop' en estos tiempos: algo más 'modelnos' y europeos parece que sí somos.

Ni tanta alforja ni tanto burro eran necesarios para tan corto viaje. Déjennos pues, señores que nos mandan, seguir nuestra marcha lenta, cuidadosos de no tropezar en la misma piedra; no nos aleccionen para acompañarles en su indigno retroceso.

No sé exactamente cuando fue, pero hace bastante tiempo. Había oído hablar de que radio París decía cosas que aquí no se podían oír. Por mi edad entonces, todo aquello resultaba curioso, impregnado de esa seducción que ofrecían las cosas ocultas, como aquellos senos hermosísimos que, a pleno pulmón, pude ver por primera vez en una revista, también llegada de París. Un tiempo atrás eran los niños los que de allí venían, con la pelusa del bigote eran ellas; después ese morbo político.

Explorando en el dial de aquel deseado radio-cassette que, a precio módico, alguien me trajo de Canarias —esas otras cosas, efectivamente venían de Canarias—, aquella noche me choqué con aquel informativo peculiar: “¡¡Cielos!!; ¡¡Radio París!! No era aquel monocrorde relato de sinsentidos de los informativos a los que, aburridamente, estábamos acostumbrados —seguimos acostumbrados, incluso, casi peor: ahora, hasta el tonillo y la dicción de los lectores a sueldo está además convenientemente homologado, algo así como si saliera de la estúpida máquina del tabaco después de echar las monedas convenientes—; eran noticias desprovistas de aquella seriedad ritual, esa gravedad y solemnidad de lo vanamente importante; estaban leídas con

cierto desenfado, fuera de esa rígida y sospechosa estructura, con comentarios al margen que podían hacer referencia a algún vaquero que andaba por ahí organizando no sé qué aquelarres... Además, ¡y en aquel entonces! también se dedicaba bastante tiempo a las noticias relacionadas con el medio ambiente.

Pues no, era Radio París. Afortunadamente no era aquel deseo oculto llegado de fuera que, una vez alcanzado, era igual de decepcionante que los anteriores, fruto sin duda de la discordancia perenne entre el deseo imaginado y el suceso real. Era una creación propia de este país, original, imaginativa, penetrante, entretenida. Ya a Castedo, su creador, sospecho, le costó la cabeza, por la terrible irritación de los siempre guardianes de las buenas costumbres. Pero el programa parece que salió ileso de aquel primer intento de anulación, y se mantuvo casi ¡ay! igual hasta ahora; aunque, por el camino, han ido apareciendo bastantes víctimas, fruto de esa consabida irritación.

Desde entonces, para mí, y pienso que para mucha gente de mi generación que no estaban borrachos y ciegos de aspiraciones políticas, ha sido mi fiel compañera en esos dispersos ratos de ocio. Desde la nocturnidad de ‘Tris-tras-tres’ hasta el mañanero ‘Arroz tres delicias’; en medio había de todo: ‘A la guán’, ‘Flor de pasión’, ‘Ruedo ibérico’, ‘Sólo para ellas’, ‘El ciempiés’, etc.

Confieso que mi cerebro debe estar bastante diseñado por esta compañía. No me arrepiento. Mirando atrás, puedo percibir que he podido, gracias a esta Radio, ser capaz de disfrutar de sutilezas de entorno personal que, debido a mi ceguera mental, por mi sólo, no hubiera sido capaz de descubrir. He disfrutado de muy buenos ratos. Y ahora... se acabó.

Seguramente los mandamases de nuestra radio nacional tendrán razones más que suficientes para haber llegado a esta decisión. Seguramente sea justa, en su



Los esforzados pendonistas.

esquema, y para bien del Estado. Seguramente estaba yo muy enganchado y debo agradecerles que liberen mi cerebro. Seguramente. Pero es posible encontrar otras lecturas (Radio Tres no me ha hecho asimilador a bote pronto de las explicaciones de los gobernantes, y mucho menos las de sus secuaces; me ha hecho, más bien, algo suspicaz... ¿y si ese fuera el problema?).

Creo que han acabado con lo poco que quedaba entre nosotros que no había sido invadido por la máquina infernal del consumismo, la tecnolatría y la competitividad. Me parece un hecho digno de figurar en la historia. Seguramente —dicen—, (¡una vez más!) la mayor parte de nuestro 'tejido social' no se ha hecho eco del acontecimiento.

— ¿Lo han sacado en la TV?

— ¿Se ha hecho un programa específico dedicado a sus andanzas como, pongamos por caso, se hace sobre Dick Tracy —sobre los dinosaurios, sobre el colesterol, sobre la bella y la bestia, sobre..., póngase lo que se desee—, con la 'sana intención' de informar, para que todos los ciudadanos estén ya esperando el estreno y las taquillas de la convenida multinacional estén aseguradas?

Bien, han conseguido que no sea noticia. Pero, como las vitaminas en el cuerpo humano, imperceptibles pero imprescindibles, la conciencia social de una generación que pasa y otra que viene, puede quedar raquítica. Mi suspicacia me sugiere que puede que sea esto lo que quieran: compradores y votadores (también botadores; y principalmente: de éstos que saltan y aplauden en las reuniones de adhesión inquebrantable y que al grito de: 'maricón el que no bote' se ponen como motos. Hay ciertas reuniones de cierta comisión ejecutiva que ya ya...)

Parece ser que, en palabras del ínclito Sr. Sotillos (después se hizo concejal; más después se vuelve a hacer vocero del régimen), no es útil a este país porque 'es una radio de putas y maricones'. No me voy a preocupar de visitar un sexólogo para descubrir mi oculta identidad y mis preferencias carnales. Sea como sea, me voy sopor-tando. Pero, este Sr., que fue portavoz de nuestro gobierno (antes de nombrar a un tartamudo, inaugurando así un rosario de despropósitos increíbles: hicieron jefe de la Guardia Civil a un prófugo, rector de los dineros a un ladrón, etc.), muestra una conciencia discriminatoria sin precedentes. Tengo la impresión —¡todos somos humanos y no gusta mirarnos el ombligo!— y por tal lo interpreto... que este ciudadano fue traicionado por cierta envidia contenida: el Sr. Sotillos, en su tiempo Director de Radio Nacional, puede no haber asimilado que ciertos jóvenes (y no tanto, me acuerdo por ejemplo de J. de Pablos o Trecet) desconciados de la 'gravedad' de nuestra realidad social hubieran podido crear una radio más creativa o, al menos, muy diferente de la que él dirigió. El Sr. Sotillos, como la bruja de Blancanieves, rompió el espejo. El señor Sotillos, como el Jorge de Burgos —¡vaya hombre!, español, para más señas— de *El nombre de la Rosa*, no puede admitir el divertimento

en la cultura y la vida cotidiana (divertir -di/verter-: ofrecer, mostrarse en más de una dirección).

Pero quizás éste no sea más que el paradigma de muchos de nuestros gobernantes. La estupidez oculta de sus cerebros, totalmente noqueados por la obediencia ciega hacia el jefe que, por más señas, los alimenta, les ha obligado a erradicar un foco de infección de cultura diferente a sus criterios bien dogmáticos. Ellos saben muy bien lo que debemos aprender y de lo que debemos disfrutar. Está establecido en cóncave por su patriarca. A ellos, ¡necios de nosotros! les tocó en suerte recibir de Él esas cosas, que a modo de lenguas de fuego, les llenaron de todo el saber en su pentecostés del 82:

— ¿De qué cine hablas?: *Muerte en Venecia* es la película.

— ¿De poesía?: Machado es el autor.

— ¿Pintura dices?: Bruegel y para de contar, si acaso el *Guernica* por aquello de que.

— Sea la música: ¡por Dios! Mahler.

Panfleto de relumbrón cultural que va cambiando con cada época y cada moda y que, en esa pretensión mostrenca de mostrarse originales, los hace más homogéneos y borregos, en algunos casos hasta el ridículo: uno se puede encontrar con alguien que no distingue una endecha de un soneto, ni han hecho más rima que 'teta' con 'bicicleta', un decir, pero te dan lecciones de poesía. Puede que te guste la pintura egipcia, pero si no admiras el *Gernica* estás 'aviao'. Si te enrollan las películas de tiros —una fijación infantil, que le vas a hacer— y te tragas todo lo que aparece, no tienes perdón, aunque hayas disfrutado con *Sin perdón* antes de los premios; el día después, sin embargo, te aburren con sus sesudas observaciones sobre la valiosísima película. Que el Mahler te deja sordo y pegas brincos con Jim Morrison: nada, un depravado. Esos son sus mandamientos; fuera de ahí, de la norma cultural y política de la temporada, no existe otra cosa salvo la praxis. No hay alternativas, sólo sus realidades. Macroeconomía, europeísmo (?), solidaridad —extraño esto—; sesudos planteamientos 'a nivel de', 'en base a' que 'pienso de que' 'cómo está el tema': 'en el sentido de', 'o sea, quiero decir', 'a jhuisio de Él'... y, 'por consiguiente', 'sin acritú' y 'con sosiego'. Su oratoria, desde luego ¿os habéis fijado?, ni Demóstenes la iguala.

Con El Independiente ya se lucieron. Ahora, en cuanto pueden, arremeten contra cualquier periódico o radio que no sea afecto al régimen. A algunos les he oído decir que a ciertos periodistas hay que meterlos en la cárcel. Y, en fin, en esas estamos, y con música 'pop' en Radio 3. Puede ser un dato sin importancia —los hechos posteriores parece que no le restan efectivamente importancia, ¡vivir para ver!—, pero hoy, sintiendo este cambio en mi entorno, me encuentro algo desfondado, solo y aturdido. Y si tú, 'desocupado lector' andas algo parecido, con esta queja en alto quiero decirte que no estás tan solo. ♦